

I CONCURSO LITERARIO DE SAN VALENTÍN DO CLUB DE LECTURA *RAÍÑA LUPA*

1º CICLO
1º PREMIO – POEMA

O paraíso non é o ceo,
o paraíso non é a Terra,
o paraíso é estar contigo
sempre e cando eu queira.

Hai tempo que marchaches,
hai tempo que non estás,
o meu corazón chora
porque contigo quere estar.

Pensaba que me querías,
mais creo que me equivoquei,
deixáchesme de repente,
e sen eu saber por que.

Cada vez que te vexo
noto algo dentro de min
que me di que te quero
que te quero ata morrer.

Penso en ti día e noite;
penso en ti noite e día;
se non pensara en ti,
eu morrería.

1º CICLO
2º PREMIO - POEMA

Lo que siento por ti

**En la ventanita estoy
esperando por ti,
esperando por tu amor.
La vida sin ti
es la vida sin rumbo y humor.**

**Siempre te amaré
y tu a mi no sé
pero sé que cada día que pasa
mi ventana se abre y se cierra
por las lágrimas de mis venas.**

**Ese día que me dijiste te amo
no sé cómo reaccioné:
me quedé blanca mirándote
y en tus labios te besé.**

1º CICLO
1º PREMIO – RELATO

Miguel estaba algo preocupado, era un coche demasiado viejo para hacer un viaje tan largo. Seguro que se estropearía nada más llegar a la panadería de la esquina, y teniendo en cuenta que tendría que ir desde Santiago hasta Cantabria...

“Me voy a quedar tirado en medio de la autopista”, le decía Miguel a Álvaro, su amigo de la infancia.

– Pero, ¿por qué no quieres que te acompañe? Yo te ayudaría si se rompiera el coche –dijo Álvaro.

– No, gracias, es como... como un viaje espiritual, quiero encontrarme a mí mismo, ver cosas nuevas... ya me entiendes, pensar, estoy algo cansado de la misma rutina siempre, me aburre un poco –le contestó su amigo.

– ¿Tú te oyes cuando hablas?, vaya cursilería, tienes un buen trabajo con un buen sueldo, una casa enorme, eres guapo y ligas siempre, ¿qué más quieres?, ¿tener un perro parlante? –Álvaro tenía toda la razón: Miguel era gerente en una empresa de aparatos electrónicos de todo tipo. También era guapísimo, ojos de un verde muy claro como la hierba en primavera y su pelo, castaño, ondulado y largo, que le caía sobre la frente. Era alto y bastante fuerte, lo que producía en las chicas una gran atracción.

– Álvaro, no te burles de mí, va en serio –dijo Miguel algo irritado por lo que había dicho su compañero de fatigas.

– Vale, perdón, pero no me negarás que has dicho algo sin sentido. No sé que voy a hacer sin ti durante una semana. La pandilla no va a ser lo mismo si tú no estás –la verdad es que la pandilla sería un muermo sin él, Miguel era el alma de la fiesta, el más gracioso y simpático de todos, por eso tenía tantos amigos.

– Tranquilo, volveré –dijo Miguel.

– Te echaré de menos –dijo Álvaro fingiendo llorar.

Miguel se acostó pronto pues a la mañana siguiente tendría que marcharse temprano. Se despertó a las ocho y tenía el despertador para las nueve. Estaba bastante aburrido así que decidió levantarse. Luego de preparar todas las cosas para el viaje, se marchó antes de lo previsto. Se montó en el coche, era de un color amarillo pálido y tenía muchos rasguños. No era suyo, él ya tenía uno, pero alquiló ese tan viejo porque pretendía ir por caminos sin asfaltar y con piedras, y no se arriesgaría a estropear su bonito Ferrari Testarona rojo y brillante. A veces se quedaba ensimismado observando el escudo amarillo con un caballo dentro dibujado. Por eso prefirió llevarse esa carraca. Cogió un mapa y decidió ir pagado a la costa, así que pararía para comer en Castropol. El viaje fue bonito porque el paisaje también lo era, el mar, los árboles... Cuando llegó al sitio previsto para comer se quedó maravillado con el paisaje. Tenía tanta hambre, que paró en el primer restaurante que encontró. Por fuera era normal, sencillo, pero por dentro era elegante y sofisticado, cosa que le encantó a Miguel. Tenía las paredes cubiertas de un papel de

rayas y las mesas ya estaban preparadas para que se sentaran a comer. Había poca gente y él se sentó al lado de una ventana. Un chico joven y educado le tomó nota de lo quería comer; milanesa con patatas, ensalada y agua; de postre, una tarta casera de chocolate que estaba riquísima. Al salir del restaurante decidió dar un paseo e impregnarse del aire limpio y fresco de Castropol. Fue a la zona vieja de la ciudad y caminó por unas preciosas callejuelas. A los lados, antiguos edificios con balcones de los cuales colgaban bonitas plantas de infinitos colores. Luego visitó una pequeña iglesia. Quería quedarse más tiempo pero pretendía llegar a Cantabria esa misma noche. Montó en el coche con la sensación de que volvería. El viaje estaba yendo sobre ruedas y hasta el momento no había habido ningún problema, pero no todo iba a ser de color de rosa. Miguel recorría una carretera aparentemente desierta, sin casas ni ningún otro coche, aunque a Miguel no le importaba ir totalmente solo. Mientras conducía empezó a olerle raro, como a quemado, pero no le importó y siguió cantando la canción que sonaba en la radio, hasta que el coche empezó a dar tirones: ahí sí que se preocupó. De repente el coche se paró y del capó empezó a surgir humo. Salió apresurado y cuando vio el motor se dio cuenta de que no tenía arreglo. “Lo sabía, sabía que se estropearía”, gritó a los cuatro vientos, pero no había nadie que le escuchara. Hacía mucho frío, era casi de noche y se avecinaba una gran tormenta. No tenía el móvil, así que se puso a buscar alguna cosa para llamar a la grúa y a un taxi. Comenzó a caminar pero encontraba ninguna. Le castañeaban los dientes y le dolían las manos del frío que hacía. Cuando se quiso dar cuenta ya estaba nevando, la noche caía y las temperaturas bajaban. “Perfecto”, pensó sarcásticamente. Después de caminar más o menos cinco minutos se encontró con una plaza. En el centro había una gran fuente y alrededor había muchas casas de diversas formas y colores. Tocó el timbre de la primera casa que vio pero nadie contestó; en la segunda tampoco había nadie, “esto está desierto”, pensó. Tocó el timbre de la tercera y una chica abrió la puerta: era preciosa, tenía el pelo castaño claro, más que el de Miguel, y los ojos marrones muy claros y profundos; era bastante alta pero no más que él. Muy amablemente le preguntó que le pasaba, pero él se quedó pasmado admirando su belleza. La chica tuvo que repetir la pregunta para que Miguel contestara, nerviosamente. La joven lo invitó a pasar pues estaba todo mojado por la nieve.

– ¿Cómo te llamas? –preguntó ella con toda confianza, como si lo conociera de toda la vida.

– Miguel –contestó–. ¿Y tú?

– Yo, Cristina. Tienes la ropa muy mojada, te traeré otra.

La casa de Cristina era totalmente de madera y muy calentita. A la derecha había una pequeña cocina y a la izquierda un salón muy sofisticado, separados por una barra americana, y al fondo, un pasillo con dos puertas a cada lado. Era una casa pequeña pero muy bonita y confortable.

Cristina volvió con un chándal y una camiseta azules.

– Póntelo en la primera puerta a la derecha –dijo Cristina.

Era una pequeña habitación con una cama, dos mesillas de noche y una cómoda. Debía ser la habitación invitados. Se puso la ropa, pero le quedaba bastante grande. Volvió al salón y Cristina se le quedó mirando con una sonrisa.

– Es que es de mi padre, se lo olvidó la última vez que vino a dormir.

Cristina se puso a hacer la cena mientras tenía una conversación muy amena con Miguel, que descubrió lo interesante que era y viceversa. Se cayeron muy bien desde el principio. Aunque él estaba algo nervioso, pero no como antes, poco a poco se fue soltando, a diferencia de ella, que se mostró amistosa desde el principio. Luego de conocerse más a fondo y cenar se fueron a la cama. Miguel llamaría a la grúa al día siguiente.

Miguel se despertó en medio de la noche y atraído por la tentación de entrar en la habitación de Cristina. Abrió la puerta y estuvo observándola cómo dormía. Él no sabía por qué pero actuaba por impulsos. Se acercó a ella muy lentamente para que no se despertara y cuando estaba muy cerca de ella, se despertó aunque no dijo nada, ni siquiera se apartó y se besaron... De repente Cristina se despertó ilusionada porque solo había sido un sueño, en su interior deseaba que fuera verdad. Siguió nevando toda la noche.

Al día siguiente Miguel llamó a la grúa, pero no podía ir hasta al menos cuatro días después, pues las carreteras estaban totalmente nevadas; seguiría cayendo nieve y la verdad es que el pueblo estaba bastante apartado. Los copos se acumulaban delante de la puerta hasta el punto de no poder abrirla, llegaban casi hasta las ventanas. Era la nevada del siglo. A Miguel le molestó que no pudiera ir la grúa pero por otra parte estaba feliz porque así podría pasar más tiempo con Cristina. Le encantaba su compañía, al igual que a ella, y como ella no podía ir a trabajar por la nieve, se pasaban todo el día juntos.

Pasaron dos días y cada vez se conocían mejor. Miguel sentía un cariño especial por ella, algo que nunca había sentido por nadie, ni siquiera por Álvaro, su mejor amigo, Era algo más. Cristina también sentía mucho cariño por él y desde aquel sueño, más aún. Los dos jugaban a perseguirse por la casa y saltaron sobre la cama en la que dormía Miguel. De repente se hundió. Los dos echaron una gran carcajada, aunque, ¿dónde dormiría ahora? Cristina le dijo que podía dormir en su cama y en ese momento Miguel se puso muy nervioso, aunque aceptó. Esa noche durmieron juntos y hacía mucho frío. Cristina se acercó a él, su corazón le palpitaba con mucha fuerza, sentía el aliento de ella, estaban a penas a unos centímetros. Miguel deseaba besarla pero no podía, ¿y si lo rechazaba?, ¿y si lo echaba de su casa por intentar darle un beso? No podía soportarlo más, no aguantaba, se armó de valor y se dijo a si mismo una frase gallega muy famosa: "malo será". Su boca estaba a dos centímetros de la de Cristina, en ese momento ella se dio la vuelta y Miguel perdió su oportunidad. Le costó dormirse pero al fin se durmió. A la mañana siguiente se despertó con el desayuno en la cama. Una bandeja con dos cafés, dos zumos, unos trozos de bizcocho que habían hecho juntos la noche anterior y unas galletas. Empezaron a comer mientras hablaban mas Miguel seguía pensando en lo de la noche anterior. Pero tendría que soportarlo. Cristina recogió la bandeja y cuando se dirigía a la cocina se le cayó. Miguel fue a ayudarla: en un momento en que los dos estaban

recogiendo se levantaron a la vez y, separados por una pequeñísima distancia, se miraron a los ojos y se acercaron poco a poco, en ese momento sonó el teléfono. Cristina fue a cogerlo. Cuando colgó el teléfono miró a Miguel con un cierto aire de tristeza en la cara.

– La grúa llegará en dos horas, podrás irte a casa –dijo tristemente.

– Pero eso es una buena noticia y pareces triste –dijo Miguel.

– Es que no quiero perderte –dijo con los ojos vidriosos.

En ese instante Miguel agarró la cara de Cristina entre sus manos y los dos se sumergieron en un profundo beso.

– Te quiero –le dijo al oído.

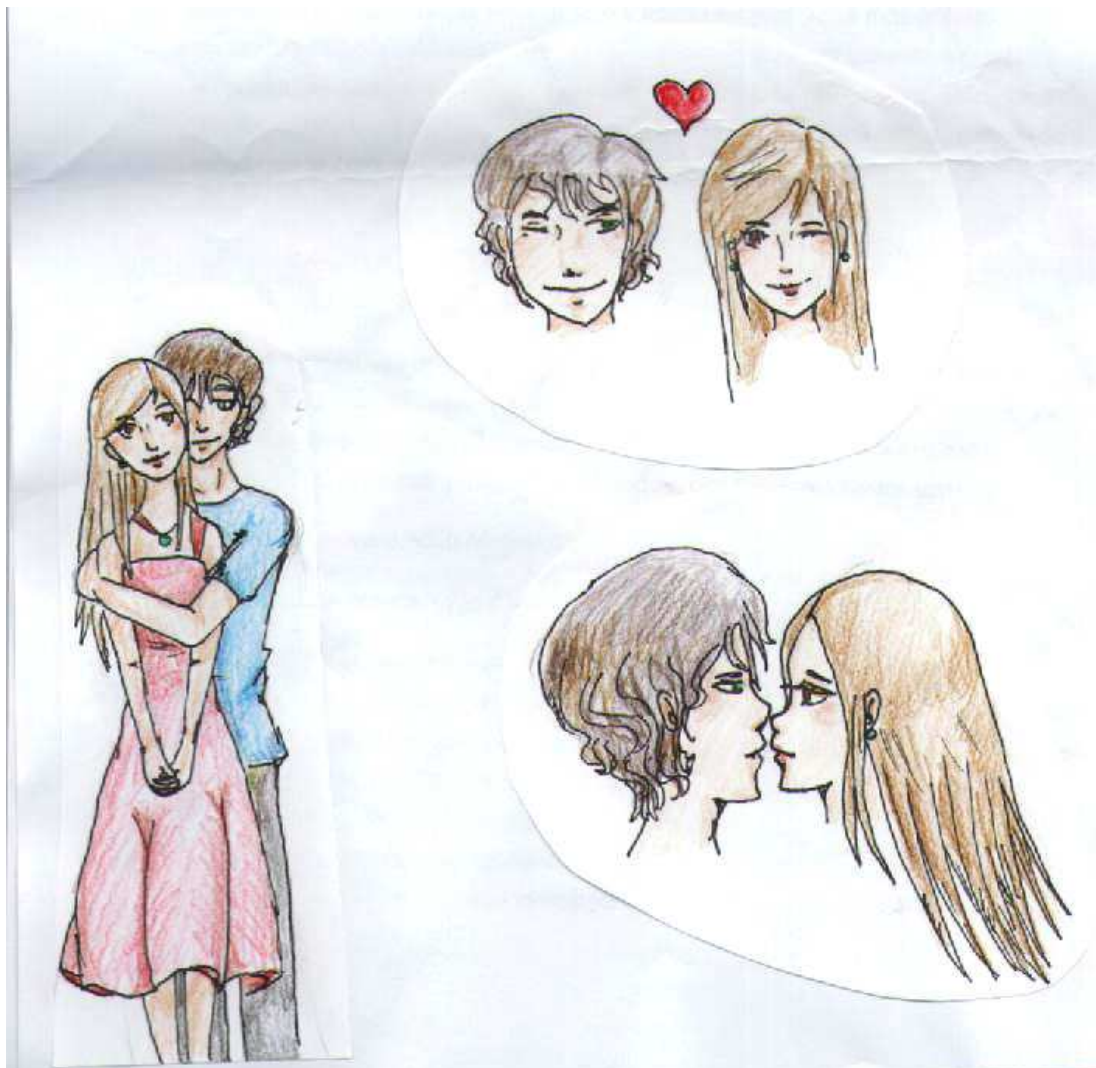
– Yo también –contestó Cristina sintiéndose muy feliz.

Se fueron a vivir juntos a Santiago y cada día estaban más enamorados. Pasó el tiempo y un buen día se casaron. El mismo día de su boda, Álvaro, el mejor amigo de Miguel, le dijo:

– Es verdad lo que dijiste, querías encontrarte a ti mismo... Y a alguien más... Eh!

– Sí, y encontré a alguien que amo y siempre amaré –dijo Miguel con una gran sonrisa.

Lara Pouso Martínez – 1º ESO D



1º CICLO
2º PREMIO – RELATO

Ella era nueva en la ciudad; era alta, rubia de ojos verdes como el campo en primavera. Recién cumplidos los veinte años se instaló allí, en aquella bella ciudad repleta de parques, con jardines y preciosos céspedes donde parar a descansar, con enormes cafeterías y terrazas con preciosas vistas a las alamedas, que constituían aquella preciosa ciudad. María, que así se llamaba la joven, se había instalado allí por motivos familiares: su abuelo había tenido un accidente y necesitaban una enfermera, y por suerte María estudiaba medicina.

Un día que María había salido a hacer unos recados por suerte o por desgracia tropezó y cayó, chocando con un joven muchacho, alto, moreno, de ojos azules, muy elegante y con una figura muy atrayente. El joven se agachó a sus pies velozmente para ayudarla. Ella se levantó rápidamente un poco colorada por la vergüenza. Él, impresionado por la belleza de María, se presentó:

- Hola, soy Víctor, y tengo el placer de estar ayudando a...?
- María!
- Oh, encantado. Dos besos, ¿no?

Ella, sorprendida por la actitud de Víctor, se apresuró a darle los deseados dos besos. Víctor le ayudó a recoger las bolsas que se le habían caído. También se ofreció a llevarla en coche a casa, debido a que ella tenía la pierna un poco dolorida por su caída.

- Bueno, entonces... te llevo en coche, ¿no?
- Si insistes...
- Si te pones así, yo no te llevo, eh... –dijo sonriendo él.
- Yo no me he puesto de ningún modo –dijo ella fingiendo estar enfadada.
- Venga, anda. Te invito a tomar algo, si no te enfadas.
- No, no puedo. Tengo que ir a casa a llevar estas bolsas y además no estoy enfadada!

– Bueno, vale. No está enfadada pero te invito a tomar algo de todos modos; te llevo a casa, dejas las bolsas y nos vamos, ¿sí? –dijo él poniendo carita de niño.

- Está bien, pero vamos ya, si no, se nos hará tarde.

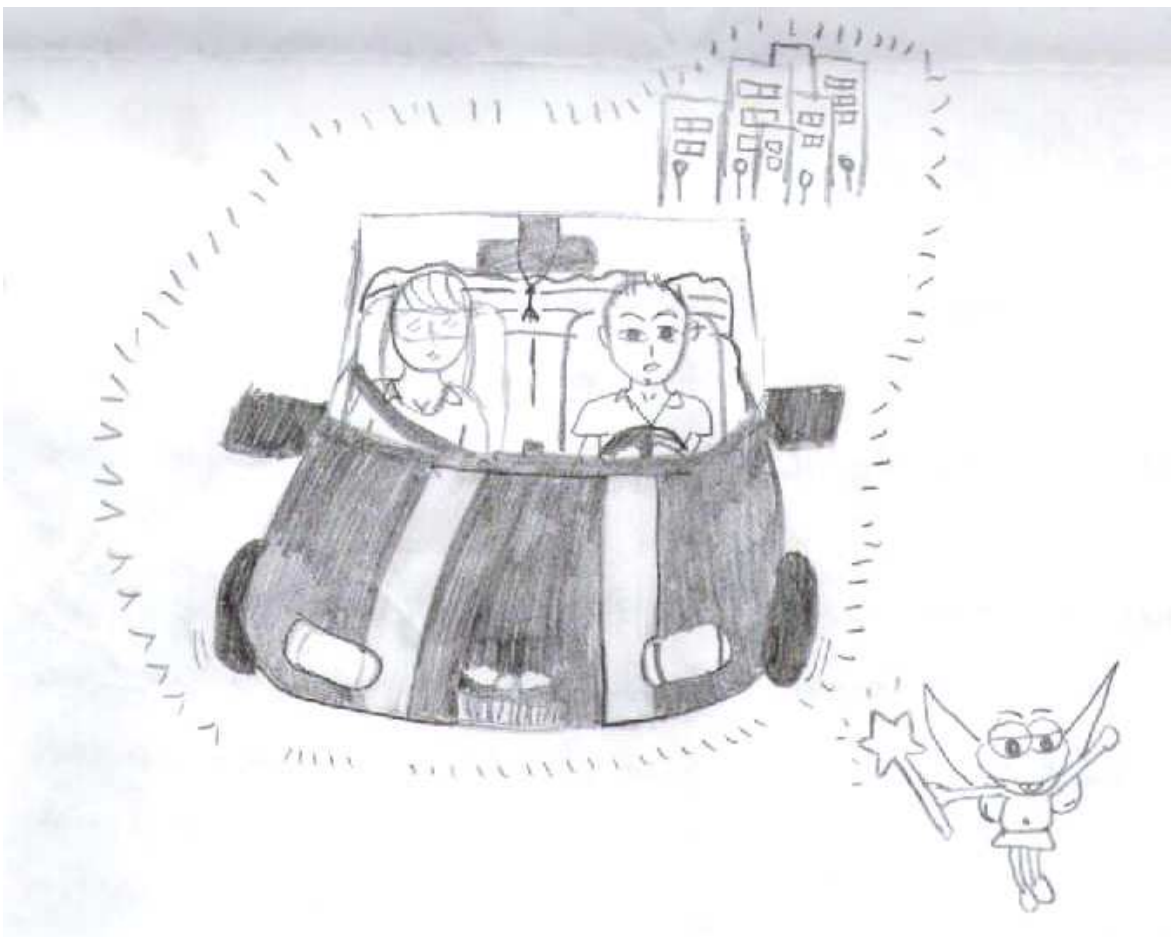
Los dos se montaron en precioso Mini Cooper negro descapotable, con la tapicería beige. Víctor abrió el capó del coche y puso Tonight a todo volumen. María le iba indicando por donde debía ir para llegar a su casa. Cuando pararon, María subió rápidamente las escaleras del portal. Fue a darle un tierno beso a su abuelo, le entregó las medicinas, dejó las bolsas en la cocina y con un “ciao, regresaré pronto” desapareció por la puerta. Montó en el coche y se fueron directos a un bar de las afueras, con una enorme terraza repleta de mesas con parejas de enamorados, de matrimonios felices, o incluso de algún amante indiscreto. Se sentaron en una mesita próxima al pianista donde se podía ver un pequeño lago en el que se reflejaba la luna.

Pasaron una velada dulce y tierna, cualquiera diría que se habían conocido aquella misma tarde. Salieron del bar y fueron a dar una vuelta por los jardines privados del club privado al que Víctor pertenecía. Estaban paseando y se pararon a mirar sus reflejos en el agua. Sonriendo, él se acercó a ella, le apartó el pelo y la besó; ella se abrazó fuerte, muy fuerte, a él. Así pasaron mucho tiempo, mirando su reflejo y besándose. La llevó a casa y se despidieron hasta el día siguiente, y el siguiente hasta el siguiente, y así semana a semana, mes a mes, y así sucesivamente hasta llegar al año. Cada día su amor era más fuerte, pero por motivos de trabajo Víctor se tenía que marchar de la ciudad a trabajar, pero María no podía ir con él debido a que ella tenía un importante trabajo en la ciudad y no lo podía perder.

La decisión de María de no ir con él desencadenó una pelea tras otra, y la decisión de Víctor de irse a otra ciudad desencadenó aún más peleas, pero ninguno de los dos se atrevía a ceder, por lo tanto ese amor tan intenso que no se quería apagar se distanció. Víctor y ella decidieron dejar su relación ya que de la distancia nace el olvido, y tarde o temprano se olvidarían de sus sentimientos.

María lo acompañó al aeropuerto y con un beso y un “ciao” triste se dio la vuelta. Él, apresurado, intentando que lo oyera, gritó: – Yo prefiero un “hasta luego”! –y en un tono más bajito dijo: – Te quiero...

Olalla Tellería Rodríguez – 1º ESO D



1º CICLO
1º PREMIO – CARTA DE AMOR

Querido : ,

Me encanta tu sonrisa, la adoro. Adoro tus brazos, tus besos, tus chistes malos. Me encanta que me hagas reír, que me busques mis cosquillas aunque no tengas suerte. Me gusta cuando me miras y cuando sonrías sin ninguna razón porque te devuelvo mi sonrisa, esa que te vuelve loco. Me encanta que cuando hables, aunque el tema no vaya conmigo, que no pares de mirarme ni un solo segundo. Adoro que me hagas sorpresas y bromas, esas tan peculiares en ti, y que cuando me enfade por tonterías, vengas a los cinco minutos y resuelvas todo. Me encanta que me digas que me quieres al oído. Adoro tu forma de hablar, tus gestos y tu aroma. Me encanta estar contigo estar contigo porque se me olvida todo.

Supongo que en realidad no adoro todo eso. Me gusta solamente porque lo haces tú, porque es a ti a quien quiero.

Conozco tus risas: esas nerviosas, tímidas, divertidas. Conozco tus gustos, tus adicciones. Conozco a tus amigos, a tus amigas, a tu familia. Conozco tus miradas hasta la más disimulada. Conozco cómo poder conocerte. Conozco tus pasiones junto a tus tentaciones. Conozco tu simpatía aunque también tu mala cara. Conozco tu lado enfadado, lo cual me hace permanecer a tu lado. Conozco tus trucos. te conozco demasiado. Llego a entenderte más allá de palabras. Te conozco más de lo que me imaginaba. Conozco hasta el rincón más chiquito de tus labios. Conozco tus besos favoritos. Conozco tu forma de respirar. Conozco cómo son tus besos transformados. También esos amargos. Conozco lo mejor de ti y tu antipatía. Conozco lo que más quiero. Te conozco a ti.

Solo pido conocerte aún más durante el resto de mi vida.

Pienso dártelo todo. Todo pero a largo plazo, para que te quedes más tiempo a mi lado. Te mataré a besos, a abrazos, y a mil sonrisas distintas que nadie ha visto jamás. Te contaré mis secretos más íntimos, y te robaré los tuyos. Te dejaré siempre con una interrogación, para que tú busques la respuesta. Siento decirte que te enloqueceré, que te dolerá y te cabrearás, pero también te diré que te haré lo más feliz que sepa. Quiero que sepas que soy pobre de carisma, de optimismo, de razonamiento, de ilusión... pero aún tengo amor, y quiero malgastarlo contigo.

Te quiero.

Elena Iglesias Moré – 2º ESO D

1º CICLO
2º PREMIO – CARTA DE AMOR

No hay un amor imposible

Hace mucho tiempo una guerra se desató en el país de Cojandagón: los capitalistas contra los comunistas. En el capitalismo reinaba la paz con sus impuestos, claro, pero en el comunismo se pensaba en que el más fuerte sobrevivía y los débiles morían. En el capitalismo el príncipe era Alejandro y en el comunismo, la princesa María.

En mitad de una batalla Alejandro y María se vieron por primera vez y se enamoraron uno del otro, pero al contárselo a sus padres, estos les prohibieron verse jamás; aún así se siguieron viendo a escondidas mientras que sus pueblos luchaban para ver que bando ganaba. Pero entonces ocurrió que un día la madre de Alejandro los pilló con las manos en la masa y lo separó de ella para llevarlo a palacio. Allí llevó la bronca de su vida y quedó castigado un mes sin salir de su cuarto.

Cuando pasaron los seis meses no recordaba a María, ni tan siquiera la reconocía. La pobre María, después de verlo, se fue a casa llorando. Entonces, un milagro: recordó a María, y al día siguiente en la batalla final entre sus padres se pusieron en medio y pararon la guerra. Capitalismo y comunismo juntos en armonía gracias al amor de Alejandro y María. Ellos se casaron, tuvieron dos hijos que gobernaron Cojandagón y nunca tuvo más poder. Los habitantes aprendieron que no existe un amor imposible.

2º CICLO
1º PREMIO – POEMA

Querida “X”:

**Encántanme os teus ollos negros,
cando chos vexo polo espello.
Encántame a túa cara bonita,
esa, que tes de pilla.
Encántame o teu cabelo,
cando cho vexo no recreo.
Encántame esa mirada túa,
a que me botas na rúa.**

**A túa vida é unha festa,
pois sempre estás nelas.**

**Quérote tal como es,
volvícheme tolo ao revés.**

**Verte dáme enerxía,
para aguantar todo o día.**

**Estas son razóns suficientes,
para quererte por sempre.**

Con afecto

2º CICLO
2º PREMIO – POEMA

**Tú eres la rosa roja en mi corazón.
Tú eres los ríos que me dan la vida.
Sólo tú me comprendes excepto yo;
la más hermosa entre todas
serás tú, tú o tú!**

**Nadie lo sabe excepto mi corazón
pues tú me dejaste y me mataste,
sacaste la ira de mi corazón.**

**Pues de tanta ira sobrevivió y se durmió,
y mucho más tarde despertó,
se olvidó de todo y retomó el control.
Seguimos nuestra vida y todo se acabó.**

2º CICLO

1º PREMIO – CARTA DE AMOR

Sé que esto te puede parecer raro, y no me extraña, pensar que alguien tan perfecta como tú podría estar con alguien como yo. Tú eres única, como si fueras de otro mundo... tan guapa, con tu largo pelo color café, tu preciosa sonrisa, tus espectaculares ojos de color gris azulado a los que tanto me gusta mirar... Aún me acurdo cuando nos conocimos, tú sentada en los columpios y yo de pie, mirando, sin saber lo que decir, cómo poder olvidar ese día... No podía parar de mirarte, solo tenía ojos para ti, y cada vez que me mirabas apartaba la vista y se me ponía la cara roja, muerto de vergüenza. No me atrevía ni a saludarte, hasta que me preguntaste si te acompañaba a clase de piano. Nunca olvidaré ese momento. Ni siquiera sabía tu nombre y ya eras tú y solo tú. Poco a poco comenzamos a hablar por internet, deseando que le dieras al botón del chat de voz para poder oír tu preciosa risa. Te pregunté por tu canción preferida, y desde ese momento la llevo a todas partes en mi móvil, pensando en ti. Y cuando supe que jugabas al baloncesto no dudé un momento en preguntarte si irías a jugar a Santiago para poder verte e ir por ahí. Me constestaste que sí, pero que jugabas de pena y que no me riese, lo cual sigo sin creerme. Todos los días deseo que llegue el verano para poder ir juntos a al playa, y verte, como siempre, increíble. Cada vez que entras en clase de coro es como si todo cambiase de color. Siempre voy unos minutos antes para intentar colocar las sillas para poder ver tu cara. Media hora, peor la mejor de toda semana. Eres, como ya te dije, perfecta. No me imagino una vida sin ti, y como amiga, puf... genial. Por eso espero que esta carta nunca llegue a tus manos, y si te llegase algún día, que sepas que eres muy importante para mí como para perder tu amistad. Prefiero una amiga a no tener nada. Ojalá ocurriese algo entre nosotros, aunque es completamente imposible. Estás en una caja fuerte y por mucho que busco, no encuentro la llave. Por favor, no soportaría que estas palabras acabaran con todo esto, pero tampoco soportaría vivir sin haberlo intentado, aunque aún no sé si juntaré todo el valor para entregarte esto... algún día...

Un beso

Nicolás Villanueva Sánchez – 3º ESO A

2º CICLO
2º PREMIO – CARTA DE AMOR

Querido Braulio:

Desde el día que te conocí, supe que nuestra historia sería la mejor de todas. De esas que siempre se recuerdan, los paseos en bici, los churros de todas las mañanas, porque no son fáciles de olvidar, cosas por las que merece la pena sacrificarse y seguir adelante.

Es cierto que a veces no nos aguantábamos, pero se notaba que nos queríamos, porque uno y uno no siempre son dos. El problema es que no todo son cuentos de hadas; un paso en falso y míranos.

Aquí estamos, cada uno por su lado, con sus planes para el futuro y su vida propia.

Sé que existen las segundas oportunidades, pero en este caso no creo que haya. Te sigo queriendo, sí, pero es imperdonable todo lo que has hecho, sin ni siquiera disculparte.

También es cierto que puede que nuestros destinos se crucen otra vez, pero es difícil reconstruir todo lo que se ha derrumbado ya.

Te escribo esto, básicamente, porque hoy, día de san Valentín, me he acordado de todos los momentos vividos contigo, esos momentos que espero que tú tampoco olvides nunca.

PD: Te Quiero.

BACHARELATO
1º PREMIO – RELATO

Última noche

Me da igual, no tengo nada que perder. Le amo, más de lo que he amado a nadie en mi vida. Y eso debería ser suficiente. Pero no, no en mi mundo. Sé que él no es lo que mis padres buscan, pero es solo porque él sabe lo que es la vida, y me lo intenta enseñar. Eso es lo que no soportan, pero no me importa. Hace tiempo que me resulta irrelevante cualquier cosa que ellos piensen. Yo le quiero, y él me quiere a mí, y con eso llega y sobra.

El me ha enseñado todo lo que sé acerca de la vida. Me ha enseñado que hacer lo que te dicen no siempre es hacer lo correcto o lo mejor. Me ha enseñado que debes guiarte por ti mismo, seguir los dictados de tu corazón y de tus sentimientos, y que cumplir las órdenes establecidas de un magnate no te hará feliz, estarás siempre oprimido. También me ha enseñado que los pequeños momentos de felicidad son los que hacen que la vida tenga sentido, que se pueda disfrutar y sonreír; que incluso un pájaro enjaulado puede ser feliz si disfruta cantando, pero ese pájaro de todas formas debe luchar por salir de su jaula y cantar feliz junto a los demás pájaros libres. Y por supuesto me ha enseñado a amar, a amar como de verdad se tiene que amar. Ahora sé que, si no vives un amor al 100%, no habrá valido la pena. Que si no te arriesgas en una relación hasta el final, no habrás conocido ese sentimiento al que llaman amor. Él me enseñó que vivir es amar, y que nada te puede impedir hacerlo.

Por eso sé que no me arrepiento de haberme escapado aquella noche de julio de mi casa, ni de haber ido a esa discoteca en las afueras. Sé que no me arrepiento de haberle conocido bailando en la tarima ni de sentir lo que aquella noche sentí. Si no lo hubiera hecho, no tendría a día de hoy tan claro a que hombre le quiero dar mi vida, con quien algún día me casaré y formaré una familia, muy diferente a la mía propia. Sé que no será fácil, pero mientras nos tengamos el uno al otro, todo saldrá bien, porque nada tiene más fuerza en el mundo que dos amantes.

Tampoco me arrepiento de estar en mi cuarto, a las cuatro de la mañana haciendo una pequeña maleta con lo mínimo para escaparme de casa y buscar un nuevo hogar, pero acompañada de la persona a la que amo, y de mi hijo, el que llevo desde hace dos meses en mí y que me hará la persona más feliz del mundo cuando nazca. Así que me despido de este lugar en el que no he sido feliz, en el que siempre me han tratado como una conocida más y no como una hija, donde siempre he tenido donde comer y donde dormir, pero nunca un vínculo afectivo o una señal de cariño. Ni siquiera un hermano o una hermana al cual contarle mis problemas en momentos de tristeza. Me despido de este lugar y abro las puertas a un nuevo mundo en el que tendré que buscarme un futuro, un trabajo, una casa o un piso en alquiler. Dejaré atrás lo que hasta ahora conocía como mundo y ahora descubriré ese universo paralelo del que tanto me habla Alejandro. Y lo voy a hacer. Estoy preparada.

Unas piedras pequeñas chocan contra mi ventana. Es la señal. Ahora me iré para siempre, dejando como único recuerdo una carta explicándoles la situación, pero sin poner nombres.

Me da igual, no tengo nada que perder.

BACHARELATO
2º PREMIO – RELATO

– Astrid, ¿onde vas?

Ela seguiu para adiante, facendo caso omiso da orde do seu amigo. Comezou a entrar na auga, pouco a pouco, sentindo o frío do inverno en cada poro da súa pel, primeiro as plantas dos pés, despois ata os nocellos. Non quitara o vestido que levaba, branco, de lunares negros, cun cinto negro baixo os peitos, e unha chaqueta negra longa, de botóns, que nese momento non estaban abotoados. El colleuna bruscamente polo brazo cando a auga chegaba ata os xeonllos dela. Non se desvestira nin quitara as zapatillas de deporte que calzaba, que se mollaron completamente, igual có seu pantalón, mollado ata os xeonllos, reflectindo pequenas gotas de auga nas súas coxas, resultado da auga que chocara coas súas pernas ó acudir tras ela.

– ¿Que fas, mica? ¿Que intentas?

Non respondeu. Mirouno inexpresivamente e xirou a cabeza, mirando cara ó atardecer, que nese momento estaba a comezar. Sentiu como a man se afrouxaba no seu brazo, momento no que deu un par de pasos máis, empapándose ata a metade das súas coxas. El ollaba cara a ela sen comprender, quieto, cun brazo aínda estirado cara a ela. Esperou o seu próximo movemento, preparado para botar a correr cara a ela e collela en calquera momento. Ela, abaixándose levemente para que unha das súas mans tocara a auga, volveu a camiñar, deixando que a auga lle chegase á cintura, momento que aproveitou para deixarse caer e afundirse completamente no mar, co seu pelo longo moreno ata a metade das costas acariciando a superficie da auga. El moveuse e sacouna sen miramentos da auga, abrazándoa e deixando que as gotas que a mollaban esvarasen pola súa camiseta, empapándoo. Colleuna en brazos como se fose unha nena pequena, e avanzou lentamente ata a area, sen facer movementos bruscos. Fora un erro cumprirle o capricho de ir á praia en decembro, repetía para si unha e outra vez. Levouna ata o paseo marítimo, onde a pousou con suavidade, deixándoa tumbada. Ela apoiou a súa meixela na dura madeira, fría polo vento, pero quente co contraste da auga no seu corpo. Sentía os músculos entumecidos, tremía con violencia, pero non deixaba de sorrir, mirando sen expresión o sol escondido na metade do horizonte. El volveu rapidamente coas súas chaquetas, colocándoa sobre ela, a pesar de que el tamén tremía co frío. Levantouna con coidado e cariño, sentou onde estivera ela tumbada e axudouna a volver a deitarse, colocándolle a cabeza sobre os seus xeonllos. Estirou o pelo dela sobre as súas pernas e acariciouno lentamente, deixando os seus dedos vagar dende a súa pel ata as puntas. Sentía como ela tremía, pero sabía ben que non lle permitiría levala aínda á casa. Coñecíaa, inda que estas pequenas estupideces inda o seguían sorprendendo.

– Gato, ¿estarás sempre comigo? –susurrou ela, mentres lle castañeaban os dentes, deixando que as súas palabras saísen entrecortadas.

– ¿Inda o preguntas?

– Dóeme. Ségueme doendo máis o corazón que o que pode doerme o corpo. Cando entrei na auga, sentín agullas cravándose nos sentidos, a mente en branco, só frío, frío e dor, entumecemento. Pero a cada paso máis que daba, o corazón reclamaba o seu lugar, reclamaba a atención que non lle podo dar. Afundínme, sentín a auga do mar en todo o meu corpo, como entraba a través dos meus beizos e me atacaba todo o corpo. E sacáchesme, volvíches a devolverme á realidade. ¿Non te cansas de facer que volva a estar mal? Mico, canseime, deixa de salvarme.

Intentou levantarse, pero o brazo del, mostrando os seus rápidos reflexos, apertou sobre a súa cintura, impedíndolle incorporarse. Baixou o seu rostro ata o dela, e pousou os seus beizos suavemente sobre a súa meixela, percorrendo cada centímetro da súa face con estes, quedando quietos sobre os beizos dela, onde suspirou e falou entre susurros.

– Non podo arranxa-lo teu corazón, pero salvareite das parvadas que fagas porque quero ser egoísta e terte para sempre comigo. Abrazareite de noite cando te durmas co seu nome nos beizos, e estarei cando os teus pesadelos te conduzan ata os recordos dese tempo. Seguireite cada vez que tentes afundirte no mar para esquecer. Gata, te-la miña palabra, salvareite unha e outra vez. Deixa que o teu corazón siga latexando, pequena estrela.

– El levou o meu corazón –susurrou en voz baixa, case inaudible. Levantou os brazos cara a el, agarrándoo debilmente pola nuca e aproximando os seus beizos aos del, apenas un roce, apartándose rapidamente. – Lévame á casa, gato, teño frío.

Incorporouse de todo, quedando sentada no paseo marítimo, coas mans pousadas nos seus costados, observando a marca da auga que deixaran na madeira, como as pequenas gotas baixaran ata a area, onde desaparecían. El levantouse, camiñou lentamente pola area a polo bolso dela e volveu, camiñando coa súa seguridade habitual, esa que ela non deixaba de admirar ó miralo. Chegou onda ela, colocou o bolso no ombro, cruzando polo seu peito e axudoulle a coloca-las mans arredor do seu pescozo. Colleuna no colo, cunha man nas costas dela e outra baixo os seus xeonllos, e comezou a camiñar ó coche.

– Os zapatos, deixei as bailarinas na area, debo ir por elas.

– Están dentro do bolso, pequena, non te preocupes e cerra os ollos, dentro dun momento estarás mellor.

Ela cerrou os ollos, relaxándose nos seus brazos ata quedarse nun estado de somnolencia. Ao chegar ao coche abriu a porta traseira, pousándoa sobre o asento. Con coidado quitoulle a chaqueta e o cinto, deixándoos de calquera maneira sobre o teito do auto. Moveuna suavemente, colocou a súa chaqueta no asento, estirándoa ben, e, volvendo a centra-la súa atención nela, quitoulle o vestido o máis rápido que puido e deitouna sobre a chaqueta. Colleu a roupa mollada dela e, abrindo o maletreiro, tirouna dentro, sen miramentos. Agarrou unha manta que sempre levaba e, abríndoa, levouna ata ela, tapándoa todo o ben que puido, tendo en conta o pouco espazo. Ela durmía pouco profundamente, como facía dende que el desaparecera. Oh, como desexara encontralo e matalo lentamente, a golpes. Pero preferiu quedar ó seu carón, intentando coidala. Non era fácil, non era a primeira vez que ela facía cousas como esas, e xa estaba preparándose para a seguinte. Quitara cada fechadura que puideran te-las portas da casa dela, a onde se trasladara a vivir desde que el marchara. Tres meses xa, tres meses véndoa consumir, dicía para si mesmo mentres a observaba durmir. Sacou eses pensamentos da cabeza, e, cerrando a porta con firmeza, foi ata o maletreiro. Colleu a súa bolsa de deportes, coa roupa do equipo. Agarrou o pantalón curto e, quitando rapidamente o pantalón mollado, as zapatillas e os calcetíns, puxo o pantalón do equipo, agarrou uns calcetíns da bolsa de deporte e calzou as zapatillas que usaba para xogar ao baloncesto. Cerrou o maletreiro e púxose ao volante, mirándoa a ela durante un momento. Acendeu o motor, axustou a calefacción para poder entrar en calor e, sentindo como o arrefriado comezaba a percorrer o seu corpo, arrincou, con camiño á súa casa. Á metade do percorrido mirou polo espello retrovisor e viu os ollos marróns dela mirándoo fixamente. Ela había un bo cacho que o miraba, notando como o seu corpo entraba pouco a pouco en calor, menos nas partes onde a auga da súa roupa interior aínda mollada percorría o seu corpo. Viu a preocupación nos seus movementos, cómo el mordía o labio inferior como cada vez que facía cando ela cometía unha tolería e el pensaba o método para cambialo todo.

– Se el non existise, eu faría todo isto por ti, estou completamente segura –e volveu a cerra-los ollos, respirando aínda con dificultade.

– Non o farías, eu non te deixaría atrás.

– Tentaría escapar eu. Non che quero dunha maneira sa –susurrou, deixándose volver a caer nun sono pouco profundo.

El suspirou apertou con furia o volante, odiando a intensidade dos seus sentimentos cara a ela. Era moito máis do que podía imaxinar, era a nena dos seus ollos, a pequena que non quería fóra da súa vida. E sabía que ela o necesitaba. Mentres o semáforo estaba en vermello, deixouse cerra-los ollos e volver a aquela noite, poucos días despois de coñecerse, cando ela lle dixo que serían os príncipes do seu propio conto. Cómo pasara o tempo, había xa catro anos que coñecera esa pequena estrela que cambiara tanto a súa vida, namorándose coma un adolescente no seu primeiro amor, e quedando ao seu carón a pesar de saber que non a podía ter. O semáforo púxose en verde e seguiu conducindo ata a casa. Abriu o portal e meteu o coche no garaxe. Abriu a porta de atrás e, tirando dela, volveuna a coller nos brazos. Subiu as escaleiras con coidado de mante-lo equilibrio, deixouna na cama e espiuna completamente, secándoa cunha toalla. Meteuna na cama, enrolada nunha manta e ben tapada co nórdico e as sabas. Foi á súa habitación, onde se cambiou de roupa, poñendo o pantalón de chándal co que durmía. Deixou o pantalón do equipo sobre a cama, pensando en como explicaría ao seu adestrador esta nova falta de asistencia. Qué máis daría, ela era máis importante que unha simple pelota de baloncesto. Cerrou a porta e camiñou descalzo ata a habitación dela, sentindo como a calefacción da casa lle relaxaba os músculos entumecidos. Apartou lentamente as sabas, meténdose entre elas e abrazando o corpo nu dela, que, esperta, non deixaba de tremer. Colocou as sabas sobre eles, coidando de tapala ben a ela, e pasou un brazo pola súa cintura, pegando os seus corpos. Ela apoiou a fronte no peito del, e, antes de volver a quedar durmida, comezou a susurrar.

– El levou o meu corazón, pero non puido arranca-la parte que che pertence. E se teño que amar a alguén, prefiro amarte a ti, sexa da maneira que sexa, aínda que terás que loitar para que non tente escaparme de ti –e deixou un regueiro de bicos polo seu peito ata o oco formado a carón do ombreiro, apoiando a cabeza sobre el e pechando os ollos, deixando que el a quentase coa súa calor e co seu amor, que parecía ser suficiente para os dous, de momento.

Fátima Seijo Martínez – 2º BACH. B

BACHARELATO
1º PREMIO – CARTA DE AMOR

Feliz día de los enamorados para ti:

Las cartas suelen empezar con un “Querido...” pero para poder empezar esta carta así, tendrías que conocer de antemano lo que en ella escribiré. Porque daría lo que pudiese para poder demostrarte lo que estoy a punto de decir. Porque más vale un hecho que mil palabras, ¿no? O, al menos, eso suele decir todo el mundo, cosa con la que estoy totalmente en contra, porque yo me emociono con cada una de tus palabras, y nunca he necesitado algún hecho para creerlas. Bueno, miento, últimamente necesitaría muchos hechos, pero también en el infierno quieren agua fría. Me he pasado del tema, vuelvo atrás. Voy a intentar demostrarte con palabras lo que eres para mí, o al menos, con las ideas aproximadas que puedo ofrecerte. No será gran cosa, siempre es mejor alguna otra cosa que leerme a mí. Pero solo puedo darte esto, ya que el resto de mi ya es tuyo. No, eso no es lo primero que quiero demostrar, mis dedos se han vuelto locos en el teclado. Veamos. Sabes lo que son las sensaciones, ¿verdad? Como cuando caminas descalzo por el césped y sientes miles de cosas diferentes con cada pisada. Bien, ¡hemos avanzado un paso! Pues tú eres una, dos, diez, mil millones de sensaciones. No hablo de sentimientos, esos los dejo aparcaditos por un momento en el parking de mis ideas. Hablo de sensaciones de esas a las que es imposible ponerles un nombre, ¿sabes? Pues eso eres tú. ¿Alguna vez te has despertado de repente a las cinco de la mañana y te has estremecido mientras sonríes sin saber el porqué? Pues eso eres tú. Oh, y ¿sabes cuando suena tu canción favorita en el medio de la gente y tus labios comienzan a tararearla? Definitivamente, tú también eres eso. Veamos, qué más... Ah, ya recuerdo. Imagínate en la sala del cine, tú solo, viendo una película cualquiera, eso es lo de menos. De repente, una de las escenas te hace cerrar los ojos, o temblar, o gritar o, simplemente, te recuerda a algo. Ahí está lo que tú eres. Venga, ¡qué puedo poner más! No te creas que te dejaré con estas cuatro cosas nada más, no soy así, y lo sabes, me conoces suficiente para saberlo, nunca me ha gustado dejar las cosas a medias, aunque siempre lo hago.

Mmm, por lo que iba. ¿Qué más eres tú? Eres la emoción de mi voz cuando mi padre me abraza, y me muerdo el labio hasta sangrar para que no se me salten las lágrimas. Eres cada libro que leo, cada emoción en cada página, cada sentimiento que comparto con tus protagonistas, cada vez que me gustaría estar con ellos y ser testigo de cómo cambian sus vidas, de cómo todo se vuelve totalmente diferente. Si, soy una loca por la lectura, y lo sabes bien, has sido testigo de alguna de mi lectura particular y personal. Eh, me

acabo de dar cuenta, tú también eres eso, eres cada texto y cada palabra que escribo gracias a mis sentimientos y mi imaginación. Eso son las emociones. Pero tú eres mucho más. Hablemos de cosas materiales. Eres cada canción que habla de dos. Eres cada persona que tiene tu nombre. Eres esa estación llena de luz y color, llena de regalos y lágrimas, llena de sentimientos, y llena de magia. Y por supuesto, eres cada elemento de esa estación. Eres cada punto de los mapas que veo donde está tu lugar de residencia, cada estrella que dibujo sobre ese punto con tu inicial asomándose. Eres... Eres cada gota de lluvia que me moja, cada rayo de sol que me ilumina. Eres cada brazo que me toca superficialmente, cada abrazo que recibo, cada beso en la mejilla, y ¡cada beso en la nariz! Cada sonrisa que me provocan, y cada sonrisa que logro provocar a gente que me rodea en mi día a día. Eres la primera letra que asoma por las hojas impresas de cualquier lugar. Cada globo que asciende al cielo hasta que se hace imperceptible en tanto inmenso azul. Eres la estrella de barro con sonrisa que cuelga de mi pared naranja. Eres cada cazadora o jersey que me aporta una sensación de confort. ¡Hasta eres cada gota de agua que ahora mismo recorre mi pelo! ¿Y si ahora hablamos de sentimientos?

Venga, hagamos un poco más largo este intento de demostración. Eres la alegría que me da al ver tus palabras. Eres el cariño que me inunda con cada pequeña demostración de que aún soy algo en tu vida. Eres la tristeza que aparece en cada discusión. La angustia cuando tardas demasiado tiempo en dar señales de vida. Eres el dolor que asoma cuando la realidad se apodera de mí y te siento más lejos que nunca. Eres la añoranza que tengo del pasado. La inquietud que me posee cuando me pongo a hacer planes imaginarios contigo. Eres cada una de las malditas lágrimas que derramo cada vez que veo las películas que me gustan, cada momento que me sé de memoria y, a pesar de ello, me hace estremecer. Eres cada escena, cada palabra, cada color que en esas películas aparece, y eres cada una de las cosas que siento al verlas. Y con esto, tal vez no te quede claro nada, pero, qué narices, ¡lo intenté! Ahora solo queda esperar que hayas podido entender al menos una mínima parte de lo que eres para mí, de lo que he llegado a sentir cada vez que podía disfrutar de ti.

Por último, eres cada célula de mi cuerpo que se muere de sueño, porque estoy impidiendo que descansen para comunicarme contigo, igual que cada noche. Sí, no es la primera vez que intento una cosa así, que intento expresarlo todo a mi manera, en esa manera que solo puedo decir las cosas. Y no será la última, tenlo por seguro. Y ahora sí, ahora ya te dejo seguir con tu vida, ya puedes dejar de leerme.

PD: Pero no dejes de quererme, por favor.